

De la lata de sardinas a la pantalla plana

Para referirme al tema que hoy nos ocupa, el de la mirada, que Lacan desarrolla fundamentalmente en el *Seminario 11*, voy a hacer algunas consideraciones previas para contextualizar este seminario en la enseñanza de Lacan, en particular en lo relativo al cuerpo, porque es aquí, a esta altura de su enseñanza, donde Lacan comienza a introducir ese cuerpo vivo, condición de goce y del programa de goce, del cual nos hablaba Blanca Sánchez hace un par de clases atrás.

En rigor, este cuerpo comienza a aparecer en el seminario de la angustia y es correlativo a la invención –que Lacan hace en ese seminario– del objeto *a*, en tanto elemento heterogéneo al significante. Como lo dice J.-A. Miller en *La angustia lacaniana*, en este seminario se pasa del cuerpo esplendoroso del estadio del espejo, aquel de la unificación en la imagen especular, el cuerpo de la buena forma, a un cuerpo restituido a sus particularidades anatómicas, un cuerpo en relación a los órganos, constituido a partir de zonas de borde: las zonas erógenas. Se trata entonces de un cuerpo fragmentado y del goce articulado al órgano. Si bien la conceptualización de las zonas erógenas y sus objetos, provienen de Freud, estos aparecen ahí ligados al desarrollo y en última instancia su estructuración es resignificada a partir del Edipo. El mantenerse más cercano al cuerpo como organismo, le permite a Lacan pensar el objeto *a* independientemente del Edipo y agregar a la lista freudiana de los objetos (oral, anal, genital), la voz y la mirada.

El objeto *a* es definido en este seminario como el resto de la operación de constitución subjetiva en relación al Otro, es un resto de goce ligado al cuerpo del viviente, que está por fuera del campo del significante y también de lo imaginario, por lo tanto es no especularizable.

Hasta entonces, Lacan había resaltado el valor formador de las imágenes en el *Estadio del espejo* no sólo en lo concerniente al yo sino también a la presencia del cuerpo del sujeto en el mundo de los objetos, en la realidad objetiva –si podría decirse así–, en el campo visual. Sabemos que esta imagen del cuerpo propio como unidad puede producir un sentimiento de júbilo en el sujeto como hacer aparecer la dimensión del amor y de la agresividad en la relación con el semejante. En un momento posterior de su enseñanza, cuando el deseo aparece articulado a lo simbólico, lo imaginario cobra valor para Lacan en tanto es en ese registro donde se vela y, a su vez, se indica el lugar de la falta, capturando así el deseo del sujeto. El ejemplo del fetiche es paradigmático en este punto.

Si bien en el seminario de la angustia Lacan se sirve del campo escópico para explicar cierta fenomenología de la angustia, hay una profunda crítica al estadio del espejo en tanto es el lugar por excelencia de desconocimiento del objeto *a*, ya que este y el cuerpo de las zonas erógenas quedan por fuera del campo visual, en un más acá del

espejo. El campo de lo visual se sostiene en su “normalidad” si el objeto *a* no hace su aparición allí.

El seminario 10 desarrolla y trabaja sobre las distintas formas y representaciones del objeto *a*. Como lo señala Miller, en una primera lectura podríamos pensar que Lacan es allí sustancialista. En el seminario 11, Lacan aborda el objeto *a* a través del objeto perdido freudiano y del concepto de pulsión y lo separa así de la sustancia, lo define por el contrario por su función: como la presencia de hueco, un vacío, sobre el que la pulsión arma su circuito de satisfacción, en el que este hueco es susceptible de ser ocupado por cualquier objeto.

Sin embargo, después de la crítica hecha al campo escópico en el seminario de la angustia, en este seminario 11, a la hora de presentar el objeto *a* toma a la mirada como su paradigma. Podríamos preguntarnos por qué, cuál es su especificidad. Justamente lo que Lacan resalta aquí es el mismo argumento sobre el que basaba su crítica anterior. Es en el campo de la visión y en de la representación donde el objeto, en este caso, la mirada, queda más oculto. Es por eso que Lacan destaca que es en la pulsión escópica donde la castración queda más elidida. Si, en ese campo, donde el sujeto se confunde con la imagen especular y se cree amo de sus representaciones, la mirada aparece –y si lo hace es siempre por encuentro, al modo de la *tyché*– “deja al sujeto en la ignorancia de lo que está más allá de la apariencia”, dice Lacan, es decir, la mirada apunta allí donde la representación del sujeto desfallece. En ese encuentro, lo que Lacan llama la esquizia del ojo y la mirada se torna evidente, el objeto mirada se recorta de la visión y remite al sujeto de una manera más patente que en otras formas pulsionales a la opacidad de su real más propio.

Para demostrar esta esquizia entre el ojo y la mirada, Lacan toma varios ejemplos. Voy a detenerme en dos de ellos.

El primero, en el que Lacan comenta un episodio de su juventud, el famoso episodio de la lata de sardinas: a él, un joven intelectual de su época, le gustaba compartir un día en alta mar con una familia de pescadores que tenían que ganarse el pan del día. Uno de ellos le hace notar un punto luminoso en el mar, (es interesante que aparezca ahí como punto luminoso, es una mancha en el cuadro del mar, atrae la mirada y hay que reconocer de qué se trata): “ves esa lata? La ves? Pues bien, ella no te ve”. Incomodidad y extrañeza del joven Lacan que se percata de que él mismo era una mancha en ese ámbito social que no le correspondía, la lata no lo veía pero sí lo miraba. Mirada que proviene del exterior, por la cual el sujeto es interpelado en lo más íntimo, más allá de sus semblantes.

Allí donde el sujeto cree ver, es mirado por los objetos. Es el primer punto que sitúa Lacan en relación a la esquizia entre el ojo y la mirada.

El otro ejemplo proviene de la antigua Grecia, Zeuxis y Parrisios entablan una competencia para decidir quién es el mejor pintor. Cuando Zeuxis corrió el velo de su pintura, aparecieron unas uvas tan perfectas que los pájaros comenzaron a picotear la tela. Zeuxis le pide entonces a Parrisios que descorra el velo de su pintura, para su sorpresa el velo era la pintura misma, ante lo cual Parrisios admite su derrota: “Yo he engañado a los pájaros pero tú has engañado a un artista”. Más allá de la discusión de la pintura como mimesis que tanto molestaba a Platón, Lacan pone el acento en el engaño: los animales quedan capturados por la imagen, por el señuelo; en el ser humano en tanto es sujeto de deseo se trata de engañar al ojo para que triunfe la mirada. En relación a la pintura, Lacan habla de contemplación, de un deponer la mirada frente a él pero para que éste tenga su atractivo, para que algo se satisfaga allí de una manera distinta al principio del placer, es necesario que esté presente esta dimensión del engaña-ojo y que se abra la dimensión de un más allá de lo que se pide ver.

Para terminar, quisiera dejar planteada una cuestión que seguramente surgirá en la conversación. A diferencia de la época de Lacan, hoy sabemos que somos mirados. Nos miran todo el tiempo y esto se hace evidente. Como dice G. Wajcman, en *El ojo absoluto*, llegamos a un punto tal que, gracias a la tecnología, hoy los objetos tienen ojos, llevamos ojos en nuestros bolsillos o en nuestras carteras y en cualquier momento ellos pueden ser activados. Hoy las pantallas tienen adosadas sus respectivas cámaras, ya no se trata de la mirada oculta tras la imagen, están en el mismo plano. Y es más, se trata de una mirada que se muestra, que está a la vista. Entre ver y ser visto no hay distancia alguna, somos espectáculo y espectadores a la vez. La pregunta es ¿cómo situar aquí la esquizia entre el ojo y la mirada? Y en última instancia ¿cómo preservar lo que el sujeto tiene de más irreductible, de más opaco, en un régimen de la civilización que Wajcman describe como una mutación del deseo de ver en una voluntad de ver todo?

Alejandra Antuña

Bibliografía

- Lacan, J., *El Seminario, Libro 11, Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, “De la mirada como objeto a minúscula”, Paidós, Bs. As., 1986, pp. 75-126.
- Lacan, J., *El Seminario, Libro 10, La angustia*, cap. XVI y XVII, Paidós, Bs. As., 2006, pp. 231-262.
- Miler, J.-A., *La angustia lacaniana*, Paidós, Bs. As., 2007.
- Wajcman, G., *El ojo absoluto*, Manantial, Bs. As., 2010.